



# **LAS CORTESANAS O LA ESCUELA DE LAS COSTUMBRES**

**CHARLES PALISSOT DE MONTENOY**

**VERSIÓN:**

**Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha**

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO**

**San Juan de Pasto**

**2021**



## LAS CORTESANAS O LA ESCUELA DE LAS COSTUMBRES

### PERSONAJES

GERNANCE

LISIMÓN, pariente y amigo de Gernance.

SEÑOR SOFANÉS, falso filósofo.

MONDOR, financista y hedonista.

ROSALÍA, ARTENISA, HERMINIA y HORTENSIA, cortesanas.

MARTON, cortesana viuda, ahora servidora de Rosalía.

UN MAESTRO DE GUITARRA.

UN LACAYO.

UN COCHE.

*La escena ocurre en París.*





## ACTO I

### Escena 1.- ROSALÍA, MARTON.\*

ROSALÍA (*ocupada en considerar diversas telas*).- Déjeme ver esas telas nuevas: ¡qué variedad!, ¡cuán bellos son los colores!

MARTON.- Bueno, en fin, ¡disfruta según mis opiniones!; ¿va a arrepentirse de haberlas seguido? Va a eclipsar a nuestras beldades más orgullosas.

ROSALÍA.- Iluminado, ese Pekín debe ser admirable.

MARTON (*le indica un cofre*).- Esto está un poco mejor. Mire estos brillantes. ¡Diantre!, allí están unos sólidos presentes, que se pueden convertir en buenos tratos de renta. ¡Viven de estos efectos!

ROSALÍA.- Ese de ahí me encanta; ¡cuánto debe embellecerme!; pronto, un espejo, Marton. Quisiera probarlo.

MARTON.- Deje allí esa tela y piense...

ROSALÍA.- En verdad, Alary\* se ha superado. Mira esta pluma lanzada con gracia... ¡Cuánto voy a lograr en el Baile de la Ópera!

MARTON.- En estas tonterías reconozco a mi sexo. En el fondo, ese gusto por la gala no resulta censurable, pero ya es tiempo de unir lo útil a lo grato; es tiempo de pensar. Vea esa barra de oro que, seguro, le llega del financista Mondor. Su forma es antigua y puede resultar incómoda y yo daría todas esas telas de moda por esa joya.

ROSALÍA.- Bueno, te la doy. ¡Ese Mondor es tan triste y de tan mal tono!

MARTON.- Podría mostrarle algo de indulgencia.

ROSALÍA.- No, tengo que forzarme para soportarlo y no puedo bastar para las ideas abrumadoras que sin cesar me mantiene. Con sus diamantes, cuya colección lo ciega y lo enerva, llega a ser cada día más difícil para vivir, y con los caballos ingleses, que le gustan en su casa, pero que solo me traen su fastidio.

MARTON.- Sin embargo, ¿se consume por tener una dotación? Bueno, si se lo ofrece, allí ¿tendría el valor... rehusarle compartir con sus amigos?

ROSALÍA.- En mi opinión, eso sería pagarle muy caro.

MARTON.- Créame, renuncie a esa delicadeza. ¡Por qué no tengo su belleza y su juventud! Al menos, podría aprovechar mi suerte. Sepa que Mondor es un hombre favorable, un hombre fundamental. Su hábil política con las pasiones de los notables le ha sido útil y solo por ello es preciso conservarlo.

ROSALÍA.- ¿Con semejantes medios, él cree levantarse?

MARTON.- ¿Si lo cree?, sin duda. Ignora aún que, en esta época, el caduceo honra, que es un medio seguro para alcanzar todo y que a ningún otro acogen mejor doquiera. Ese es un arte a la moda y convertido en sistema por más de un notable e incluso más de un abate. Por tanto, sabe nuestras costumbres y desilusiona. ¿No se da cuenta que nos respetan? ¿Se necesitan antepasados cuando se es bonita? Por niveles, hasta tal punto se ha abrillantado Francia, que le damos el tono a la ciudad, a la Corte, y que todo se perdona a las equivocaciones del amor. En esto, confíe en mi experiencia. Alguien hoy

---

\* El original está en verso; Alary: célebre comerciante de modas.



la ve con indiferencia que, quizá mañana, pondrá todo su orgullo en aceptarle el favor de una mirada.

ROSALÍA.- Me pintas novelas.

MARTON.- ¿Novelas?, no, querida; ¿tiene menos atractivos que Nais y Glicera?\* Ha podido verlas. Apenas le queda al mundo un recuerdo confuso de sus oscuros comienzos. Se ignora en qué lugares corrió su juventud; bueno, una es marquesa y la otra vizcondesa.

ROSALÍA.- ¡Qué!, en este momento, ¿puede olvidarse?

MARTON.- Seguro, lo que lastima el orgullo se olvida en un momento. Entonces, tenga en sí misma algo de confianza. Veo en su coche a un hombre de finanzas, uno de nuestros senadores...

ROSALÍA.- ¡Ah!, no me hables de ello. Un amito en traje me atrae poco.

MARTON.- Ha podido encantar a un bello espíritu titular y que ya le escribió una carta.

ROSALÍA.- Sí, la conquista es rara; un escritor amargado, que va vagando por todo su conocida burla; ignoro de qué talentos presume su persona, pero en seguida enfada que le cante al placer.

MARTON.- Se iguala entre las dos la falta de respeto por sus versos. No obstante, a su edad, conviene que sea dulce (esa honra a veces debió ser incómoda) recibir la loa de un poeta de moda, pero lo que me parece que más la seduce es haber logrado la elección imponente, la amistad, los consejos de uno de los notables personajes que la Filosofía ha ubicado en el rango de los sabios. Esos señores no hacen nada a medias para servir.

ROSALÍA.- Marton, de ningún modo me hables de su amigo.

MARTON.- ¿De Gernance?

ROSALÍA.- Sin duda.

MARTON.- En fin, si le creo a su mirada, sé que Gernance tiene la apariencia de ser el feliz mortal, el afortunado vencedor, que debe encadenar su corazón a sus suertes. Novelesco, allí está lo que le agrada a su edad y aquí el amor le rinde su primer homenaje. Su figura es encantadora; debió tentarla y lo que le propone tiene el derecho de halagarla, pero, sobre todo con él, tema ser imprudente y, si puede, conserve un alma indiferente.

ROSALÍA.- Marton, o no me conozco bien o, en mi corazón, esto solo es un simple gusto que habla en su favor. Me agrada su buena fe y su inexperiencia. Su amor es tan cierto, tan pleno de confianza, que creo lo que quiero. De ello ha hecho una ley. Ese tono sentimental es tan nuevo para mí que, sin disimularme que le importa su juventud, en fin, sin cegarme, me interesa su respeto. Además, llevas a que sea dueño de su destino y que, de hecho, pueda disponer de su mano. Un día debe disfrutar del mayor bienestar: Marton, con la fe en una vana esperanza, ¿querrías aconsejarme que no me una a la dicha más real que parece buscarme?

MARTON.- Ha invertido tanto arte en subyugar a Gernance, a menudo se ha conducido en su presencia con tanta reserva y discreción, que no dudo de su intención. No obstante, su estado de ánimo disipado e inconstante apenas concordarían con el

---

\* *Nais*: célebre hetera antigua; *Glicera*: cortesana de Atenas, amante del comediógrafo Menandro. (N. de T.).



matrimonio, pero recurra a sus derechos, al menos hasta hoy, y sepa unir la prudencia y el amor. A Mondor, le debe alguna gratitud...

ROSALÍA.- Calla, Marton, alguien viene; es el amigo de Gernance.

**Escena 2.- SEÑOR SOFANÉS, ROSALÍA, MARTON.**

SR. SOFANÉS.- Amable Rosalía, no deseo causarle ninguna molestia y solamente vengo por novedades que le atestiguan mi celo. No sé si Gernance ha perdido la cabeza, pero yo le describiría mal su inusual fervor: él acaba de rogar que le acabe su dicha. Para estimularlo más, he combatido su idea y él no me oía. Su cabeza ha decidido y nunca una pasión ha tomado ese vuelo. Le dejo la inquietud de avivarlo aún más. Ahora puede obrar en todo el lienzo y respondo por el resultado.

ROSALÍA.- Pero, querido filósofo, ¿puede oírme lo necesario? ¿Si, por desdicha, iban a renacer los prejuicios en su corazón? ¿Llegaba a ruborizarse?, ¿si el público, la costumbre?...

SR. SOFANÉS.- El uso y el público son el desprecio del sabio. Lo hemos decidido. ¿Nuestros más puros sentimientos no son siempre la obra de nuestros sentidos? ¿Por qué buscar en otra parte una dicha quimérica? Moral solo es una palabra, aferrémonos a lo físico. Le agrada a Gernance, ¡bueno!, todo está bien. El amor tiene su meta, cuando dio forma a su mirada. ¿Qué puede faltarle con el don de agradar? ¿Qué reproche tendría que formularle Gernance? No hubiera llegado a la edad en que la veo... sin permitirle... algún ensayo de sus derechos. Me agrada su desconcierto. ¿Por qué protegerse contra ello? ¿Le reprocharía un corazón sensible y tierno? ¿Que un misántropo amargo, en su triste ocio, hiciera de la desobediencia al placer una virtud! Sé compadecer la debilidad humana y, en mi arbitrio, Ninon\* se lleva la palma sobre Lucrecia.\*

ROSALÍA.- ¡Ah! Señor Sofanés, ¡me halaga!

SR. SOFANÉS.- No. Digo lo que pienso y pregúntele a Marton.

MARTON.- En verdad, al menos, esa moral es muy cómoda.

SR. SOFANÉS.- El instinto natural es mi regla y mi código. No me rebajo a esos vanos escrúpulos a los que se inclina el común de los seres humanos y les dejo a los pedantes esas máximas austeras que equiparan la debilidad y los crímenes.

ROSALÍA.- Pero, de hecho, ¿Gernance piensa igual? ¿Si llegara a cambiar?

SR. SOFANÉS.- No, él es muy receloso de parecer liberado de los prejuicios comunes, para nunca censurar esos errores populares. Además, aquí puede confiar mucho en mí. (*A media voz.*) Entre nosotros, sabe todo lo que le debo. Mi virtud favorita es la gratitud y creo saldarla cuando le libero a Gernance.

ROSALÍA.- ¡Bien!, confío en su opinión.

SR. SOFANÉS.- ¡Diantre! ¿Qué puede arriesgar con una carta tan buena? En la oleada de su palabra enamorada, Gernance la cree de una familia honesta y desdichada. El amor, que le expresa, le prestó su venda y, además, su manía consiste en verlo todo bello. Solo que Marton lo halague y la secunde. Marton tiene todo el sentido común del mundo. A

---

\* Anne "Ninon" de Lenclos (1620-1705): escritora y aristócrata, cortesana, anfitriona de salón y mecenas de las artes francesas; *Lucrecia*: puede referirse a una dama romana (s. VI a. C.), violada por un hijo de Tarquino, que se suicida ante su deshonra (**N. de T.**).



propósito, es el momento de emplear este recurso, esa presunta nota de Lord Carlinfort. (*Hurga en sus bolsillos.*) Creo que la traigo conmigo. Marton, con prudencia, sabrá elegir el momento de dársela a Gernance, pero ¡qué! ¿La perdí? No, aquí está. (*Se la entrega a Marton.*) Adiós. No quiero que me encuentren aquí.

**Escena 3.- ROSALÍA, MARTON.**

ROSALÍA.- Ese señor Sofanés es un alma excelente.

MARTON.- Sí, en todo caso, la Filosofía es divertida.

ROSALÍA.- Para servir a sus amigos, no escatima nada, lleno de calidez.

MARTON.- En verdad, se lo ve bien; su moral... De hecho, había supuesto lo justo. Gernance viene hacia acá. Asuma su aire augusto.

**Escena 4.- GERNANCE, ROSALÍA, MARTON.**

GERNANCE.- Amable Rosalía, debe dejar de tratarme con rigor y conocer mi corazón. Al menos, tengo algunos derechos sobre su confianza; ¿a qué prueba aún va a someter mi constancia? ¿Quién la creería bárbara con una mirada tan dulce?

ROSALÍA.- Pero ¿cuáles son mis faltas? ¿De qué se queja?

GERNANCE (*fervoroso*).- Me quejo... Me quejo de verla indecisa. ¿Esa es la amistad que me había prometido? Querría reparar el injusto azar que le deparó la ciega Fortuna; ese es mi más caro deseo; ante mi mirada enternecida, la cruel adversidad la torna aún más bella: sin embargo... (Perdone el interés apremiante, que me inspira aquí un corazón compadecido y, quizá, en exceso, embriagado por sus encantos.) Si le creo sus secretas inquietudes a este corazón, tiene los pesares que me ha revelado: ¿tendría padres expuestos a la desdicha? Para ellos, le ofrezco mi crédito y mis servicios.

ROSALÍA (*con mucha dignidad*).- No. La suerte me ha deparado todas sus injusticias, pero si solo la oscuridad fuera mi parte, si estableciera, entre nosotros, mucha desigualdad, ¡le hubiera permitido la más leve esperanza para envilecerlo! ¿Así lo cree, Gernance?

GERNANCE.- ¡Eh! ¿Por qué postergar para aceptar mi mano? ¡Cuán odioso ese capricho!...

ROSALÍA.- Me apremia en vano.

GERNANCE.- ¡Ah!, me odia y toda mi ternura...

ROSALÍA (*con el tono más solemne*).- Soy muy delicada para abusar por ello. Gernance, ¡de ningún modo soy insensible al amor!, pero quiero llevarlo a que algún día me estime, al luchar contra el error que seduce a su alma. ¡Ve hasta qué suerte me ha reducido la desdicha! Sin espanto, solo no puedo suponer el momento en que, muy prevenida contra mí, su mirada, iluminada de pronto, viera el abismo hasta donde lo hubiera llevado un capricho amoroso. Cuando rehúso una parte tan dulce, crea que aquí quizá debo quejarme más. Así que su amor y mi debilidad son extremos, pero, si se puede, quiero salvarlo de sí mismo.

MARTON (*en voz baja, a Rosalía*).- ¡Qué maravilla!

GERNANCE.- Deje los esfuerzos inútiles. Sepa que mi corazón ya no es mío. Reprocha mucho los errores de la juventud, que no han abatido su nobleza de alma. En fin, la



desdicha no debe inspirar pesares y la fortuna quiere reparar sus errores. Me ama... ¡Ah!, un centenar de veces dígnese repetírmelo. Todos esos vanos prejuicios, cuyo dominio enfrento, y que me opone con mucho rigor, no van a impedirme suscribir mi dicha. Venga.

ROSALÍA.- Así lo quiere. Bueno, querido Gernance..., pero, no. Temo la vehemencia de su amor. Al menos, trate de moderar su fervor y deme tiempo de sentirlo un poco. ¡Vaya!, aquí esta noche va a tener compañía; le prometo a Hortensia, Ardenisa, Herminia y yo, ¿qué hago? La alegría y la disipación le pueden traer alguna diversión a sus fervores. La necesita. Va a venir, eso espero.

GERNANCE.- ¡Qué no haría en el fervor de agradarla!, pero, a su vez, mi corazón le impone una ley.

ROSALÍA.- Que es...

GERNANCE.- Que, a más tardar, mañana, me acepte.

ROSALÍA (*a Marton*).- ¡Cuán apremiante es! Debo complacerlo. (*A Gernance*.) Que sea mañana. Por un asunto, me retiro un momento.

MARTON (*en voz baja, a Rosalía*).- ¿Va a la casa de Mondor?

ROSALÍA (*en voz baja, a Marton*).- Es necesario. (*A Gernance, en voz alta*.) Adiós.

#### **Escena 5.- GERNANCE, MARTON.**

GERNANCE.- En fin, tengo la dicha de alcanzar su aceptación, pero, querida Marton, tú, que lees en su alma, dime ¿de dónde venía la frialdad con que se indignaba mi fervor? Creí notarle algo de turbación. En realidad, ¿me ama?

MARTON.- ¡Ah! No lo dude. ¿Nunca ha podido engañarse la mirada del amor? Esa tímida turbación es fácil de entender. Lo ama y, al aceptar sus deseos, aquí teme abusar del poder de su mirada.

GERNANCE.- Ella se queja a menudo de los errores de la fortuna. Mi curiosidad puede parecer importuna, pero vuelvo sobre ello una vez más: tú sabes todos sus secretos. Quizá indiscretos, los padres a su cargo ¿no abusarían de su simple bondad?

MARTON.- ¿Por qué ella le plantearía un misterio inútil? Es cierto, su familia no se halla en la suntuosidad: se puede estar lejos de la desdicha sin prosperidad. ¡Ah!, sin querer encomiarla, ni creerla lograda, si conociera el corazón de Rosalía, señor, ¡allí vería tanta ingenuidad!...

GERNANCE.- Le creo. Su retrato no puede halagarse.

MARTON.- Solo quisiera verle más prudencia y que, por su fortuna, tuviera menos indolencia, pero no tengo el don de persuadirla. En eso, sería preciso censurarla, y no sobre sus frialdades, que solo son aparentes. Si pudiera saber los ofrecimientos seductores que ella le sacrifica...

GERNANCE.- ¿A mí, Marton?

MARTON.- Sí, pero su corazón es muy receloso de este secreto y debo respetarlo.

GERNANCE.- Gracias.

MARTON.- A mi ama, le prometí callarme. ¡Oh! No, nada de debilidad.

GERNANCE.- ¿Puedes dejar de desconfiar de mí, querida Marton? Deja que te desarme.



MARTON.- ¡Ah! Tengo el corazón muy bueno. (*Le entrega la nota.*) Tenga, señor, lea. Juzgue si lo ama y si no es de una injusticia extrema. Vea lo que se rehúsa. Bueno, ¿me equivoco?

GERNANCE (*lee el final de la nota*).- «¡La fortuna y la mano de Lord Carlinfort!»

MARTON.- ¡Ay!, se fue para Londres, desesperado.

GERNANCE.- ¡Cómo me ha confundido un proceder tan noble! ¡Oh cielos!, ¡cuánta grandeza en una humilde fortuna! Me asombras y yo había leído en su corazón. Y, sin embargo, veo que se barren los murmullos, los amargos reproches, quizá las injurias de una turba de tontos, cuya voz importuna va pronto a alzarse para condenar mi elección. ¡Admiro la extrema inconsecuencia de los seres humanos! ¿Lo creerías, Marton? El mismo señor Sofanés, al que he visto centenares de veces combatir el rigor de los prejuicios públicos con tanta fuerza, me oponía esta mañana su vana tiranía y, solo a mí, me parecía que desmentía su genio.

MARTON.- ¡Qué! ¿El señor Sofanés?

GERNANCE.- Lo llevé a ruborizarse, pero ¡cuán distinto es hablar de obrar! Al menos, vas a verme mostrar más valor y alcanzar mi dicha a pesar de la costumbre, pero ¿qué puede causarme mi pariente Lisimón? ¿Por qué sabe que estoy aquí? Retírate, Marton.

**Escena 6.- LISIMÓN, GERNANCE.**

LISIMÓN.- Me enteré de una extraña novedad. Debo desagradarle para probarle mi celo y la amistad me prohíbe que le oculte algo. Si le creo al público, iba a casarse con una muchacha sin nombre, cuyas costumbres y conducta ignora aparentemente su alma seducida. ¿De dónde viene esa sospecha que lo mancilla? Supe, que estaba aquí y, sin perder un momento, volé para decirle todo lo que, en estos casos, me inspira el honor agraviado. ¿Cómo se ha difundido ese rumor injurioso?

GERNANCE.- Lisimón, respeto los vínculos de nuestra relación y respete el corazón de Rosalía. A menudo, se engaña en todo lo que se publica, pero mi corazón, que no ve nada que reprocharse, mucho quiere revelarse y no ocultarle nada. Poco hecho para consultar la opinión común, exento de ambición, dueño de mi fortuna, es cierto que pretendo disponer de mi palabra y ya solo vivir para mí.

LISIMÓN.- ¡Allí está hasta dónde lleva esa filosofía y ese abuso de pensar, que se encomia! Impunemente, se cree que se pueden desafiar a las costumbres.

GERNANCE.- Dijo que se lucha contra injustos errores.

LISIMÓN.- Pueden aguijonear el valor heroico de renunciar a la estima pública, pero los frutos de la boda que premeditan, víctimas del desprecio que aquí se adopta, condenados a ruborizarse por el solo nombre de su madre y, cuando nacen, castigados por las debilidades de un padre, ¿tendrán, por necesidad, ese odioso valor?

GERNANCE.- Lisimón, voy a tener cuidado de ver en su mirada todos esos prejuicios que el vulgo exalta, pero destrocemos esas palabras que ofenden a la amistad. Habla de un objeto que le resulta extraño; se precisaría conocerlo antes de juzgarlo. Sabe que venenos difunde la calumnia: se ruborizaría al ver a Rosalía, por haber prestado el oído a rumores farsantes.

LISIMÓN.- Desde que la voz pública ha condenado sus costumbres, solo la vería sin alguna aversión para impedir la desdicha de Gernance.





GERNANCE.- ¡Qué!, ¡hasta no querer que lo desilusionen! Su mirada...

LISIMÓN.- No creo que se me hubiera impuesto. Carezco de interés y el amor lo pierde.

GERNANCE.- No, cuando honro así la virtud más rara y cree que no confiaría solo en el amor. Ante mí, sin bienes y sin encantos, Rosalía aun me agradaría por otras cualidades. *(Le indica la nota de Carlinfort.)* Juzgue si esta negativa es de un alma vulgar. Lea.

LISIMÓN *(tras haber leído)*.- ¡Qué!, ¿cree en esas tonterías? Pero, querido, de ningún modo es la hija de la Ópera que, si lo necesita, no supiera forjarse estos medios. Ríe. Solo quiero a sus ojos como jueces y le voy a probar...

GERNANCE.- Nada se me prueba.

LISIMÓN.- Conocí a Carlinfort. Aunque se hubiera alejado, sería un medio para obtener una prueba que lo desengañaría. Permítame que lo pruebe.

GERNANCE.- No, querido Lisimón, deme esa nota y, con ese objeto, terminamos, por favor. Puede hallarme caprichoso o crédulo; mi elección puede parecerle rara o ridícula; aquí solo voy a consultar con mi corazón. Adiós.

LISIMÓN.- Intentemos aún sacarlo del error.



**ACTO II**

**Escena 1.- ROSALÍA, MARTON.**

MARTON.- ¡El amor lo va a proveer!, eso es hablar de maravilla y solo una vez menos la despierta el peligro. El tiempo apremia; tratemos de desconcertarlos a los dos o, al fin, Gernance podría darse cuenta.

ROSALÍA.- Entonces, ¿ese señor Lisimón es muy peligroso?

MARTON.- ¡Oh!, ¡le respondo!, creo que es el diablo que lo ha liberado del infierno adrede para que luchara contra nosotros y perturbara nuestros planes. Desconfié cuando vi que aparecía y, para evitar los golpes que nos traía el traidor, desde este gabinete encontré la forma de oír hasta el final su enfadosa plática. ¡Cuán abominable es ese hombre con su aspecto austero! Nunca he sentido tanta cólera y, si hubiera seguido mi primer impulso, lo hubiera estrangulado sagazmente con mis manos.

ROSALÍA.- Pero ¿qué decía Gernance?

MARTON.- Estaba apurado, apenas dominaba un intenso resentimiento que su pasión quería disimular y estaba presto a explotar con cada palabra. ¡Nunca el amor ha dominado tanto a un mortal! Esa es una ceguera que va hasta el delirio, pero es preciso observarlo. Con otro esfuerzo, podría llegar a ser más fuerte en su corazón y proscribir la reputación en que se funda nuestra esperanza. ¿En alguna ocasión, ha encontrado en el mundo a ese señor Lisimón?

ROSALÍA.- Muy poco.

MARTON.- Lo admito, pero ¿lo conoce?

ROSALÍA.- Lo vi alguna vez.

MARTON.- Eso basta. Quiero... ¡Gernance es tan crédulo!... Sí..., ese expediente no es muy tonto. Por necesidad, Sofanés aún puede apoyarlo: va a darnos resultado. — ¿Vio a Mondor?

ROSALÍA.- Sí, lo he enterado de los designios de Gernance y pareció halagado por esa confidencia.

MARTON.- ¿Y la aprueba?

ROSALÍA.- Pero..., condicionada.

MARTON.- La oigo.

ROSALÍA.- Además, puso su atención hasta llegar a advertir a Artenisa, Herminia y Hortensia inclusive, para que a veces, debido a la irreflexión, ante Gernance, no ocurriera nada que pudiera llevarlo a ensombrecerse.

MARTON.- Muy bien. Esa precaución, o estoy muy equivocada, ¡se le hubiera escapado muy naturalmente, pues somos de espíritu muy frívolo! Una mariposa ya no es tan ligera. Por fortuna, Mondor siempre está lleno de celo. (*Mira con atención la mano de Rosalía.*) Pero qué nuevo brillante centellea en sus dedos. Es del más bello fuego.

ROSALÍA (*sonriente*).- ¿Te parece, Marton?

MARTON.- Vamos, podrá tener una buena casa y eso es lo que yo querría. Entre más avara es la fortuna, aquí...

ROSALÍA.- A propósito, Marton, mi maestro de guitarra debería haber llegado.

MARTON.- ¿Quién?, ¿su abate Fichet? ¿Qué diablos hace con esa baratija? ¡Este es el momento!



ROSALÍA.- ¡Cuán severa te pones! ¿Sabes lo que se ama?, ¡una voz tan leve! ¡Unos sonidos tan bien hilados!, ¡un timbre tan brillante! Corre pronto a mi gabinete, quizá me espera..., pero, no, yo misma voy. Marton, a menos que llame, no estoy para nadie.  
MARTON.- ¡Bella cautela!, ¿por quién?, ¡por un abate!  
ROSALÍA.- Que Marin mantenga abierta la escalera secreta, oyes.  
MARTON.- ¡Diantre!, quisiera no oírte. ¿Y si llega Gernance?  
ROSALÍA.- Lo harás esperar, pues también es el día de mi pintor.

**Escena 2.- MARTON.**

MARTON.- En verdad, solo el pintor nos faltaba. ¡El bello arreglo! Vamos, aunque atolondrada, tiene buenos caprichos y, en el fondo, no puedo disponer mejor mis servicios y, además, me azuzan al juego. Un Lisimón no debe llevarse más crédito que Marton. Aquí, muy a propósito, veo que llega Gernance.

**Escena 3.- GERNANCE, MARTON.**

GERNANCE (*ensimismado*).- ¡Qué exceso de furor y qué extrañeza! Marton, ¿ya ha regresado tu ama?  
MARTON.- Todavía no.  
GERNANCE.- ¡Cuántos instantes robados al amor!  
MARTON.- No puede tardar. Parece encolerizado, señor; permítame y le aclaro un misterio. ¡Aún me ve con una emoción!...  
GERNANCE.- ¿Qué?  
MARTON.- ¿No habría tenido alguna disputa con ese señor Lisimón?  
GERNANCE.- ¿De dónde te llega ese temor? Me sorprende.  
MARTON.- ¡Ay!, alcanzó primero mi alma cuando lo vi. Cuán celoso es y cuántos planes tuvo en otra época con nosotras...  
GERNANCE.- ¿Cómo?, ¿con Rosalía?  
MARTON.- ¡Eh!, sí; en verdad, con ella. Yo me estremecía al creer que vino para buscar pendencia. Aquí entre nosotros, Rosalía lo ha maltratado tanto y a menudo le he visto una animosidad que, por ella, me causaba un miedo espantoso.  
GERNANCE.- Marton, ¿es creíble lo que me dices?  
MARTON.- ¿Cómo?, nada es más seguro, pero lo que me impide es que, hasta ahora, no se lo hubiera dicho. En verdad, Rosalía se lo ha quitado de encima con tanta prontitud, que apenas está en su pensamiento, pero el señor Sofanés debe recordarlo.  
GERNANCE.- Compréndame, mi corazón no se puede contener.  
MARTON.- ¿Qué?  
GERNANCE.- Si supieras con cuánta destreza vino, esta tarde, a censurarme a tu ama, a reprocharme mi elección y mi ceguera, cómo falseaba el tono del sentimiento, ¡oh!, ¡te desafiaría a que dejaras de reír!  
MARTON.- Cierto, ¿era eso lo que vino a decirle?  
GERNANCE.- Cierto.  
MARTON.- ¡Oh!, en verdad, el rasgo es muy gracioso.



GERNANCE.- Nada vi tan divertido, pero, si te pintara su aire de mojigato, su seriedad, su altivez y su pedantería. (*Ríe.*) No podrías contenerte. ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! Bueno, ¡allí se impone con esos humos!, pero me prometo desquitarme.

MARTON.- Quisiera darle una patada menos franca, oponer artimaña a artimaña y, con calma, sin ánimo, sin explicación, quisiera seguir su perfidia hasta el final y, en verdad, haría durar la comedia hasta después de su boda.

GERNANCE.- El ardid sería mejor; eso está bien dicho, ¡ja, ja, ja!

**Escena 4.- SEÑOR SOFANÉS, GERNANCE, MARTON.**

SR. SOFANÉS.- ¡Ríes de todo corazón! Querido Gernance, venía a acusarte de haber cometido quizá una extrema imprudencia al acudir aquí al triste Lisimón.

MARTON (*con mucha prontitud*).- En verdad, se acusa con razón: un rival maltratado, cuyos celos hubieran podido llevarse a algún frenesí, pues sabe cómo se hirió su orgullo y cuán ferviente es a pesar de su frío aspecto. Por fortuna, su despecho se limita a las injurias.

SR. SOFANÉS.- Se le permiten los murmullos al amor desdichado. (*A Gernance.*) Debes perdonarlo.

GERNANCE.- Si solo me ofendiera, pero ¡a Rosalía!...

SR. SOFANÉS.- Bueno, eso debe ser un triunfo más para ti. Al menos, nada me halaga tanto como un rival celoso que se queja de una ingrata. Entonces, ¿te lo dijo?

GERNANCE.- Ignoraba su motivo, pero, ¡diantre!, ¡el amor propio es muy vengativo! Eso es un hervidero contra mi matrimonio.

SR. SOFANÉS.- Lo había previsto mucho: no vas a tener su apoyo, tanto como el apoyo de algunos espíritus apenas advertidos y, con seguridad, siempre atacados por la envidia; sabes lo que esta tarde creí un deber decirte. Pero si, como hombre libre, el soberano dominio de tu razón te lleva por sobre los clamores de ese pueblo insensato que grita a nombre de las costumbres, yo mismo, ciegamente, te invito a terminar. Rosalía tiene el espíritu, los talentos, la figura; al menos, le creo las virtudes de un hombre honesto: ¡bueno!, ¿qué más te falta para ser feliz?

GERNANCE.- ¡Ah!, te reconozco en ese noble lenguaje. ¡Cuánto puede el prejuicio contra la voz del sabio!

MARTON.- En realidad, la verdadera dicha es vivir para sí mismo.

SR. SOFANÉS.- ¿Sabes bien que Marton es un filósofo?

MARTON.- ¡Yo! Buenamente, sigo las leyes de la naturaleza y me inquieta poco si el mundo murmura sobre eso. Nunca los murmuradores..., pero, ¿llaman, creo?

GERNANCE.- Ve si es Rosalía.

MARTON.- ¡Oh!, sí, oigo su voz. ¡Voy!

SR. SOFANÉS.- Adiós, querido. Un deber de uso me obliga a dejarte, pero te resarzo en una forma muy dulce. (*Ve a Rosalía y la saluda, respetuoso.*)

GERNANCE.- Hasta mañana.

SR. SOFANÉS.- Seguramente.



**Escena 5.- ROSALÍA, GERNANCE, MARTON.**

GERNANCE.- Encantadora Rosalía, sus ojos serán testigos de nuestro compromiso y este amigo fiel tornará nuestra unión aún más solemne. Será el garante de los juramentos del amor.

ROSALÍA.- A mi vez, quiero darle un garante que aquí no valdrá menos, me parece. ¿Ve este retrato?, ¿encuentra el parecido?

MARTON.- Creo que habla.

GERNANCE.- Es muy precioso para mí, pero perdone..., mi corazón no ve más allá de sus ojos, esos ojos tan seductores, que solo el amor puede dar. Quizá nada se debe reprochar en el artista; ese retrato es encantador, convengo en ello, pero, espere, ahí, ... sin prevención..., por sí misma... examine, vea esa boca donde reina una dulce sonrisa, ofrece aquí esos encantos que no se pueden describir, esa dulce frescura y ese tono voluptuoso. ¡Cuán infructuosos parecen los esfuerzos del arte! La tez brilla menos, la nariz es menos fina; en una palabra, todos sus rasgos son más gentiles.

ROSALÍA.- Es difícil o, al menos, muy halagador, Gernance, pero, en fin, este es un don de mi corazón.

GERNANCE.- Siento todo el premio de un favor tan caro.

ROSALÍA.- Me han dicho que tiene una historia que contarme. ¿No me habla del señor Lisimón?

GERNANCE.- Hubiera creído que le faltaba al pronunciar su nombre, pero, por favor, perdone su desatino; ya está bastante castigado con su indiferencia.

ROSALÍA (*con delicadeza*).- ¿Sus palabras no lo han impresionado?

GERNANCE.- Puede juzgarlo.

MARTON.- Creo que las ideas de un celoso no se dicen para ensombrecer.

GERNANCE.- Él no me hubiera inspirado más, cuando yo hubiera ignorado sus secretos sentimientos. Me privo con pesar de mis más dulces momentos, pero los sacrifico a mi único asunto. Esta noche he citado a mi notario: son sus intereses los que debemos resolver y tengo algunos papeles aún que reunir. Adiós.

ROSALÍA.- Va a volver y tendremos compañía.

GERNANCE.- Lo hago.

**Escena 6.- ROSALÍA, MARTON.**

MARTON.- Ese niño la ama con locura y le debe algo a cambio.

ROSALÍA.- Al fin, tanto amor debe inspirar amor. Creo que poco a poco su pasión me inflama y el orgullo ya no manda en mi alma.

MARTON.- Creo que oigo a alguien.

ROSALÍA.- Seguramente es Mondor, que me trae el mundo. Dispón pronto unos asientos.

**Escena 7.- ARTENISA, HERMINIA, HORTENSIA, MONDOR, ROSALÍA, MARTON.**

ROSALÍA (*corriendo ante sus amigas*).- ¡Qué!, ¿aquí están?

ARTENISA.- Mi reina, acudimos para felicitarte por tu cercana grandeza.



MONDOR.- ¿Gernance está aquí?  
ROSALÍA.- No, pero va a volver.  
HERMINIA.- Habíamos tenido la idea de ir a la Ópera, pero te hemos preferido al caballero Gluck y venimos a pasar la velada contigo.  
ROSALÍA.- Nada es más amable. Marton, que se permita entrar y diga a Marin que venga a iluminar. (*A la reunión.*) Bueno, ¿qué novedad tienen que contarme?  
HORTENSIA.- Dicen que Arsínoe acaba de dejar a Clitandro.  
MONDOR.- ¿Qué?, ¿en verdad?  
ARTENISA.- Sí, es cierto, ¡y el asunto es muy bueno! (*A Rosalía.*) Sabes que los dos se habían apasionado; al menos en apariencia, era, de los dos lados, la increíble confianza de los amores antiguos. Se habían apartado absolutamente del mundo y a eso se lo llamaba un golpe sentimental.  
ROSALÍA.- Y ¿entonces?  
ARTENISA.- Para abreviártelo, nuestra augusta heroína, una bella mañana, huyó en silencio. Las gentes estaban seducidas, los paquetes llevados, el pobre amante dormía seguro de la palabra de los acuerdos: juez de su despertar, cuando un fatal indicio lo llevó a ver con claridad que perdía a Eurídice. (*Con la palabra Eurídice, Herminia canta a media voz.*)  
HERMINIA.- He perdido a mi Eurídice.  
ROSALÍA.- La volverá a encontrar sin ir a los infiernos.  
HORTENSIA.- Pero, en verdad, dicen que lo sustituyó.  
ROSALÍA.- ¡Qué!, ¿ya?  
MONDOR.- Sin duda. Arsínoe nunca estuvo sola.  
HERMINIA.- En verdad, su proceder siempre fue muy prudente.  
ROSALÍA.- ¿Qué dicen de Aglaé?  
HERMINIA.- En verdad, no estuvo mal el proceder del bello Orval con ella. Se la había arrebatado al financista Crisante, que le hacía construir una casa encantadora; le debía al menos una compensación: despiadado, acaba de dejarla para tomar en la Ópera a la célebre Amelia.  
ROSALÍA.- Aglaé me parece mil veces más bonita.  
HORTENSIA.- Tiene hermosa cabellera.  
ARTENISA.- Pero de un rubio muy intenso.  
ROSALÍA.- No lo hubiera imaginado.  
ARTENISA.- Sin embargo, es así.  
ROSALÍA.- Su tez...  
MONDOR.- Tiene brillo, debido al blanco que emplea.  
ROSALÍA.- ¿Ella?  
MONDOR.- Para juzgarlo, basta con que la vean.  
ROSALÍA.- ¡Ah!, eso es una maldad.  
MONDOR.- Les digo que se lo pone. Si me hubiera pedido que le guardara el secreto, no lo diría.  
HORTENSIA.- Algo más increíble, más raro y que, sin embargo, no es menos cierto, es que Julia...  
HERMINIA.- ¿Bien?  
HORTENSIA.- ¡Oh!, en verdad, lo adivinan.



MONDOR.- Yo no.  
ROSALÍA.- Ni yo.  
HORTENSIA.- Busquen, imaginen.  
ARTENISA.- ¿Ella ha alcanzado una nueva víctima?  
HORTENSIA.- ¿Los tendría en suspenso por una bagatela? Ella es piadosa, hasta el punto de alardear de los remordimientos.  
ROSALÍA (*comienza a reír*).- ¡Los remordimientos de Julia!  
MONDOR.- ¡Ella tiene el diablo en el cuerpo!  
HORTENSIA.- No saben lo último. La mojigata se casa.  
MONDOR.- ¿Y quién es el mortal cuya alma curtida?...  
HORTENSIA.- Dicen que es una especie de oso, un noble tosco del Limousin, llamado señor Nacquard.  
ROSALÍA.- Nacquard tanto como quieran, pero, a pesar de su reforma, con su aspecto vil y su enorme figura, Julia es desde todo punto de vista algo indignante.  
MONDOR.- ¡Ah!, sus ojos a veces tienen bastante estimación.  
ROSALÍA.- Sí, es todo lo que ella tiene de figura humana.  
HORTENSIA.- No obstante, la novedad no es menos cierta.  
HERMINIA.- ¡Dios preserve por siempre de todo mal azar la frente y la salud del buen señor Nacquard!  
ROSALÍA.- ¿Nada me dicen sobre la ilustre Arsenia?  
MONDOR.- Se supone que ella lleva una vida bastante triste con su Comandante. Él es tan celoso, que no se le puede hablar sin encolerizarlo. Es el dúo más sombrío de todo París; la sigue como una sombra a los espectáculos y al baile y no se da cuenta que ese cuidado es la suprema dicha que se disfruta con la venganza.  
ARTENISA.- ¿Qué puede mantenerla en esa dura esclavitud?  
MONDOR.- La avaricia. Él le da una brillante dotación, numerosos diamantes, un ritmo de vida del mayor tono y hasta, murmuran, más de una casa. Él juega a malograrse, a pesar de su opulencia, y es lo que Arsenia espera con prudencia.  
HORTENSIA.- El destino de su hermana es mucho más feliz.  
HERMINIA.- Dicen que Alceste es siempre más afectuoso.  
ROSALÍA.- Al menos, ella tiene buenos garantes de su ternura.  
ARTENISA.- ¿Cómo?  
ROSALÍA.- Él dejó a la pequeña Condesa que, al irritarse por honor, por primera vez, mostraba la constancia, al menos, desde hacía un mes. Dicen que está furiosa, ultrajada, inconsolable. Es preciso que, en el fondo, Alceste fuera un hombre muy divertido para ocasionar tan vivos dolores.  
HORTENSIA.- ¿Dicen que él gana con el cambio?  
ROSALÍA.- Sí, por el lado de las costumbres.  
MONDOR.- Para Cleone, eso es siempre un muy bello sacrificio.  
ROSALÍA.- Sin duda, y muy halagador para la hija de un suizo.  
HERMINIA.- ¿Qué?, ¿solo es eso?  
ARTENISA.- Quizá menos aún.  
HORTENSIA.- Deberían disminuir en algo el esfuerzo de esos aires.  
ROSALÍA.- En verdad, el cuadro de nuestras costumbres es muy extraño.



HERMINIA.- ¿Qué?, ¿reflexiones?, la imaginación es rara. (*Se oye que cantan detrás del Teatro.*) ¿Qué es ese ruido?, ¿ese es un canto nupcial?

**Escena 8.-** ABATE FICHET, LOS ACTORES ANTERIORES.

MONDOR.- ¡Eh!, es el abate Fichet, en su original.

ARTENISA.- Siempre se lo encuentra en buena compañía.

ABATE.- Divina Rosalía, sus dos aspectos se notan; está dos veces por encima.

MONDOR.- ¿Cómo van las cosas?

HORTENSIA.- ¡Cuán golpeados tiene los ojos!

HERMINIA.- No importa, pues nos cantará algunas nuevas canciones.

ABATE.- Siempre lamento rehusarme a las beldades. Perdonen. Mi pecho es una ruina que solo me permite hablar. Daban una soberbia fiesta a Celianta: debía cantar allí y representar un proverbio. Solo un proverbio me enfurece y, por honor, me vi obligado a sostenerlo en su contra. Por mi talento, algún día, seré la víctima y, en algún momento, voy a exiliarme por régimen. Estoy aniquilado.

ARTENISA.- ¡Qué!, ¿sin remisión?...

ABATE.- Yo, ¿hacerme de rogar?, esa es mi aversión.

ROSALÍA.- ¡Ah!, no le pidamos con indiferencia, él necesita...

ABATE.- Voy a arriesgar un aria breve, ya que me obligan, pero con un secreto: Celianta jamás me lo va a perdonar. (*Preludia y canta cualquier canción, pero muy breve.*)

ROSALÍA.- ¡Qué delicia!

ARTENISA.- ¡Inconcebible!

HERMINIA.- ¡Único!

MONDOR.- ¡Armonista profundo! — Y si hablamos de música, esta noche, ¿tendrían proyectos de Vaux-Hall?\*

HORTENSIA (*vivamente*).- Pero, de hecho, ¿por qué no iríamos al baile? Mondor nos llevaría.

MONDOR.- No, di mi palabra de ir a jugar un triste cavañol\* en el Marais.

ROSALÍA.- ¿No podría faltar a ese compromiso?

MONDOR.- No, pero veo que puede haber otro arreglo y podrán disponer de mi berlina inglesa.

ROSALÍA.- ¡Ah!, ¡eso es encantador!

MONDOR.- Allí van a estar bien. En la sede, si es necesario, tendrán aún al abate; lo van a tener en una hora.

ROSALÍA.- A más tardar, querido Mondor.

MONDOR.- Pueden contar con eso.

ARTENISA (*a Rosalía*).- ¡Eh!, pero, encantadora reina, díganos algo de su augusta cadena. ¿Irremisiblemente va a tomar un esposo?

MONDOR.- Sangaride,\* ¡ese es su gran día!

---

\* *Vaux-hall*: puede tratarse de un jardín público; *cavañol*: juego de azar, similar al juego de lotería, con cinco casillas para cada jugador; gana aquel que saca de una bolsa los números de sus casillas; *Sangaride*: ninfa, amada por el pastor Atis. (N. de T.).





ARTENISA.- ¿Cómo diriges a ese desdichado Gernance? ¿Es siempre ciego y lleno de confianza? Aparentemente, ¿te vamos a perder?

MONDOR.- ¡Oh!, no. (*Ve a Gernance.*) Pero, allí está.

**Escena 9.- GERNANCE, LOS ACTORES ANTERIORES.**

+++++

ARTENISA (*se arregla y alza la voz para que la oiga Gernance*).- Dicen que él es de la mejor nota. (*A Gernance.*) ¡Ah!, lo mencionábamos y, desde el fondo de mi alma, al instante lo elogiaba con la señora.

HERMINIA.- Se ve que seguramente es conocedor y no puede entregar mejor su corazón.

HORTENSIA.- Va a tener el voto de todas las personas sensatas y hace una elección que supera su edad.

MONDOR.- Del mismo modo, debe aplaudirse a los dos y el Amor les promete la más feliz suerte.

ARTENISA.- No les quitamos momentos llenos de encantos. Esta noche es preciso ponerse en armas. (*A Rosalía.*) Mondor, le pedimos permiso. Hasta luego. Vamos a apresurarnos para volver en seguida.

**Escena 10.- GERNANCE, ROSALÍA.**

ROSALÍA.- ¿Ha tardado mucho?

GERNANCE.- Dejo a mi notario, pero ¡con esas gentes de negocios nada se termina! Perdone. Mi corazón quería mucho este deber y estaba muy celoso de asegurar mi dicha.

ROSALÍA.- Creí que podía contar con su complacencia.

GERNANCE.- Nunca dude de sus derechos sobre Gernance.

ROSALÍA.- Hablaron de un baile que debe ser encantador: allí vamos a poder alegrarnos libremente con la máscara. Ese plan me ha sonreído y no pude defenderme; vaya a cambiarse y regrese por mí.



### ACTO III

#### Escena 1.- ROSALÍA, MARTON.

ROSALÍA.- ¿Mi rubor está bien dispuesto, Marton?

MARTON.- Divinamente.

ROSALÍA.- Creo que este lunar postizo se ha puesto artísticamente. ¿Cómo me ves?

MARTON.- La veo encantadora y el baile no tendrá belleza más brillante. Atado a sus leyes, con orgullo, Gernance verá que todas las miradas aplauden su elección. Va a excitar mil fervores en los corazones, encantar a todos los maridos y afligir a las mujeres.

ROSALÍA.- Hoy no pretendo eso e inclusive reflexionaba.

MARTON.- ¿Sí?

ROSALÍA.- Pensaba que Hortensia, Herminia y Artenisa ya no me convenían.

MARTON.- ¡Cómo!, ¿por qué capricho, si no podía dejarlas un momento?...

ROSALÍA.- Aquí, entre nosotras, les veo una apariencia poco decente. ¿No has visto en sus miradas cargadas de celo el secreto despecho que tienen en su alma? Nada se me ha escapado de sus tonos burlones, de sus palabras ligeras y sus sonrisas burlonas. Cuando me case con Gernance, debo acostumbrarme en adelante a poner un intervalo enorme entre ese mundo y yo. Marton, para rebajarlas, quiero tener un arnés suizo, el bolso, una librea, en fin, toda la dotación que a las mujeres de mi rango puede otorgar el uso y, si algún azar lleva a que me las encuentre, pondré toda mi dicha en desespearlas.

MARTON.- Ese será su estado; ¿qué podrían decir ellas?

ROSALÍA.- ¡Oh!, nada va a evitar su furor de hablar mal, pero será de lejos y no voy a oír sus insolentes palabras y sus pérfidos estallidos. ¡Ah!, Marton, ¡qué dicha aplastar a las rivales que se creían con derecho a tratarnos como iguales! ¡Cuánto voy a disfrutar con su confusión!

MARTON.- Pero es preciso estar por encima de su condición. La apruebo mucho. Sin embargo, por prudencia, sepa disimular ese deseo de venganza hasta después de su boda.

ROSALÍA.- Eso es lo que quiero e inclusive forzarlas a secundar mis deseos. Es preciso prodigarles aún las más tiernas caricias para poner freno a sus lenguas traidoras. Allí, ellas no van a perder nada y mis resentimientos...

#### Escena 2.- SEÑOR SOFANÉS, ROSALÍA, MARTON.

SR. SOFANÉS.- Bueno, querida Rosalía, ¿todo está presto para sus arreglos? ¿Se casa con Gernance? Teme que la traicione por alguna negligencia. Lisimón puede ocultar algún mal designio y me informaron que maniobra en secreto.

ROSALÍA.- ¿Qué podría aún ensombrecernos?

MARTON.- Cuando él desee luchar contra una nueva tormenta, podríamos poner peor al señor Lisimón. ¿No tiene aquí al amor y a Marton (*señala a Rosalía*) y esos ojos, sobre todo, en que confío, y al señor Sofanés y la Filosofía?

ROSALÍA.- ¿Y, además, Gernance, en un momento Gernance podría desmentir su tierna complacencia?



SR. SOFANÉS.- A veces, un momento trae consecuencias. Sin embargo, a decir verdad, aquí veo pocas apariencias, pero, en fin, por desdicha, si él llegara a cambiar, aun sería mucho no afligirse demasiado. En el fondo, el matrimonio solo es un vínculo popular, un último recurso.

MARTON.- Sin duda. Con su carácter, nunca el matrimonio hubiera tenido gracia a mis ojos.

SR. SOFANÉS.- Fácilmente, podrían encontrarse mucho mejor, al menos para la fortuna y en la edad en que estamos el interés es la deidad que cautiva a los hombres. En París, todo depende de echar sobre el nombre un barniz considerable de reputación y allí todo puede servir, inclusive para el escándalo. ¡Vaya!, por ejemplo, tengo un *Traité de Morale* que ahora estoy presto a publicar; en verdad, estoy tentado a dedicárselo. De golpe, en medio de esta bagatela, tendrían una patente de buen espíritu femenino, un círculo, un tribunal y un nombre acreditado. Así disponemos de la celebridad. Entre nosotros, de ningún modo se necesita tan fino genio, de autor, tan poco celebrado, que no tenga su Aspasia.\* Les digo un secreto. Por necesidad, este papel podría resultarles y llevarlas muy lejos. Confíen en mi celo y en mi experiencia: además, no he dicho que han perdido a Gernance.

ROSALÍA.- Ya amor, ya orgullo, tengo a este romano.

MARTON.- ¡Diantre!, también lo tengo, he dirigido el plan y supe disponer a Gernance de modo que ataque al señor Lisimón. (A Rosalía.) ¡Vaya!, le predigo el resultado más afortunado, pero, señora, con el consentimiento del señor Sofanés, debe pensar en vestirse muy presto: ese es un medio más para nuestra conquista; tendremos, esta noche, a Gernance a la mano, lo llevamos al baile y terminamos mañana.

### **Escena 3.- SEÑOR SOFANÉS.**

SR. SOFANÉS (*solo*).- Rosalía es aún un efecto muy estéril, pero algún día su belleza podría serle útil. Es preciso tratarla con cuidado. A veces no se sabe la esperanza que se puede poner en semejante cara bonita.

### **Escena 4.- GERNANCE, SEÑOR SOFANÉS.**

SR. SOFANÉS.- ¡Ah!, allí está, Gernance, en traje de conquista: se ve que prepara el festín del amor. ¿Eso es siempre mañana?

GERNANCE.- Sí, ese es el día feliz que, al fin, va a entregar a Rosalía a mis deseos. Nada puede igualar mi tierna impaciencia, pero, ¡qué!, ¡ese es Lisimón!

### **Escena 5.- LISIMÓN, GERNANCE, SEÑOR SOFANÉS.**

LISIMÓN.- Querido Gernance, veo que no esperaba mi importuno retorno; cuenta los momentos que le quito al amor, pero vengo a culminar los recados necesarios que van a poder darle importantes luces. Por la tarde, me creyó el espíritu inquieto: de hecho,

---

\* Aspasia de Mileto (470-400 a. C.), maestra de retórica y logógrafa, influyente en la vida política y cultural de la Atenas de Pericles. (N. de T.).



falsos rumores podían haberme engañado. Además, ¡hay tanta confianza cuando se ama!, pero, ahora, aquí mismo, es un deber que traiga hechos muy comprobados, muy seguros y evidentes: al menos, se debe estas aclaraciones. Le digo que las oí y va a conocer el destino que, sin mí, quizá lo amenazaba. Mi fuente está aún en el fondo de su corazón: consúltelo, Gernance, nació para el honor.

GERNANCE.- Lisimón, podía evitarse esas molestias. Ya se lo dije, sus acciones son vanas. Además, ya conozco sus motivos y eso basta, pero, para evitarle tantos esmeros inapropiados, sepa que mañana me caso con Rosalía. No ultraje un nombre que se une al mío. (*Irónicamente.*) No lo apremio para que sea testigo; veo que lo podría llevar demasiado lejos.

LISIMÓN.- ¿No va a sonrojarse por esa unión? (*Al señor Sofanés.*) Y, Señor Sofanés y amigo de Gernance, al que me ha sorprendido encontrar aquí, ¿lo va a soportar?

SR. SOFANÉS (*en un tono leve*).- Él está muy endurecido. Traté de combatir su fervor, pero toda mi moral se ha deslizado de su alma. Por las palabras que, por la tarde, no he escatimado, él mismo debió crearme un hombre prejuicioso. Sé que muchas personas van a satirizar su capricho, pero un celo indiscreto llegaría a ser tiranía. Además, la misma amistad tiene sus prevenciones. Como se sabe, la dicha tiene sus opiniones: la suya consiste en enfrentarse a todo uso incómodo y cada uno tiene el derecho de ser feliz a su modo.

LISIMÓN.- ¡Cielos!, ¡de cuántos escollos se ha rodeado y cuán profanado me parece el nombre de amigo! ¡Qué!, ¡en todos los estados se produce una ciega licencia a pleno día con esta indecencia! Estos excesos culpables han durado mucho tiempo y ofrecía esperarme a cambios afortunados. Revisamos las leyes en vigor y, quizá, llegamos al momento cuando las costumbres van a renacer.

GERNANCE.- Mi corazón siente todo el galardón de esa jerga moral. Sin embargo, aquí entre nosotros, no me sorprende que, a veces, hubiera podido cansar a Rosalía.

LISIMÓN.- ¿Cansarla?, ¿quién?, ¡yo! ¿Qué es esta locura, Gernance?

SR. SOFANÉS (*a Gernance*).- Va a ver que no la conoce.

GERNANCE.- Al menos, lo representa de maravilla y ese aspecto turbado es muy cómico.

LISIMÓN (*ensimismado*).- Alcanzo a ver el artificio.

GERNANCE.- A veces, el más sabio tiene sus momentos de capricho; solo se necesitaría que asumiera un tono menos duro.

LISIMÓN.- De ningún modo ahondo en esa burla oscura; aclaro fácilmente la fuente clandestina. Doquiera reconozco el error que lo domina. Lo veo rodeado de consejos seductores, pero le queda la amistad y los pesares vengadores van a llevar otra vez la virtud a su alma. Esclavo de una mujer, de ningún modo lo veré mezclarse, sin decoro, con esos hombres perdidos a los que, vanamente celosos de un honor que ya no tienen, solo les queda la nobleza envilecida de un nombre respetable, para arrastrarse cobardes a los pies de una amante.

GERNANCE.- Podría ofenderme por todos esos vanos estallidos de una falsa calidez, que no me fuerza. Solo le digo una palabra. Rosalía está en casa y, con una mirada, podría confundir su celo. Es demasiado que se hubiera sobrepasado en su propia casa.

LISIMÓN.- Allí me quedo y sabe cuál es la razón, pero creo que el fervor por servirlo nunca me ha llevado a un mayor sacrificio. De hecho, veo mucho el peso de estos lugares, cuánto se respira aquí un aire contagioso, pero veo sus peligros y me necesita:



no se rechaza una sincera amistad. En este momento de error, puede ignorar ese interés apremiante que manda en mi corazón. No va a verme sensible a este ultraje. Quiero medir mi valor con sus peligros y, si debiera caer sobre mí su ira imprudente, a su pesar debo arrebatarlo a la deshonra.

SR. SOFANÉS (*a Gernance*).- Pero, en verdad, eso es llevar el delirio al extremo.

**Escena 6.- ROSALÍA, LOS ACTORES ANTERIORES.**

GERNANCE.- Venga, venga aquí a defenderse. Eso es considerarla muy bien que, si se puede, su confusión iguala a su obstinación. Muéstrese y que él se ruborice al verla tan bella: a sus ojos, les juro un eterno fervor.

ROSALÍA (*a Lisimón*).- ¡Eh!, ¡qué!, ¡se complace en sorprenderme así! No esperaba encontrarlo aquí, pero no finja que no me conoce. Su resentimiento quizá se va a calmar. ¿Por qué se queja de mí? ¿No puedo disponer libremente de mi palabra?

LISIMÓN.- Me habían prevenido sobre el brillo de sus encantos y, una vez los veo, siento nuevas inquietudes. No alardeo de insensibilidad y sé qué homenaje se le debe a la belleza. No lucho contra eso; a otros ojos, esa figura amable causaría su debilidad excusable. Yo mismo podría perdonar un error, pero él tiene planes que reprueba el honor. Vea a qué peligros los expone su pasión. Quizá algún día su corazón odiaría la causa. Prevenga esas desdichas y, contra sí misma, hoy dele un apoyo generoso. Acepte un consejo saludable para los dos. Por prudencia, renuncie al don que quiere hacerle o tema que pronto una triste claridad revele ante sus ojos la espantosa verdad.

ROSALÍA.- No lo entiendo. Temo poco la amenaza; sin embargo, convengo en que su tono me perturba y, al menos, podría ocultar mejor su ánimo. ¿Gernance tiene un señor?, ¿acaso es su tutor? ¿Cuáles son sus derechos sobre él?

LISIMÓN.- Los de un amigo fiel y eso basta para incitar mi celo, pero, para recordarle lo que se debe a su rango, tengo aún otros derechos y el interés de la sangre. Podré defenderlos y me atrevo a vaticinarle que, a pesar suyo, el honor volverá a su dominio.

ROSALÍA.- Señor, entonces ¿viene al baile?

LISIMÓN.- Sí, si es necesario.

ROSALÍA.- El fervor de obligar no puede ir más lejos. Eso será grato.

SR. SOFANÉS.- Muy grato.

**Escena 7.- ARTENISA, HERMINIA, HORTENSIA, LOS ACTORES ANTERIORES y MARTON, que se mantiene dispuesta a servir.**

HORTENSIA (*a Rosalía*).- No va a reñirnos. ¿Parece encolerizada? No nos perdimos ni un momento. Puede juzgarlo por nuestro arreglo. Dicen que el baile será de una magnificencia por siempre memorable. — Buena noche, señor Gernance.

SR. SOFANÉS (*a Gernance, al fondo del teatro*).- Lisimón le promete aclaraciones: él mismo puede haber elaborado esas novelas. Nunca tuvo la amistad ese fervor amenazante.

GERNANCE.- A mis ojos, Rosalía solo es más conmovedora.

HERMINIA.- Pero no hemos visto la berlina abajo.

HORTENSIA.- ¡Oh!, Mondor es puntual y no va a tardar.



ARTENISA.- Eso espero. — A propósito, dicen que se prepara para el viernes próximo una rara maravilla.

ROSALÍA.- ¿Qué?

ARTENISA.- Dicen que una Ópera, de último atractivo, un espectáculo asombroso, con coros de un gusto nuevo y, también, las palabras, elogian mucho.

ROSALÍA (*llama a un lacayo*).- ¡Marin!... Corra esta noche a separarme un palco a la Ópera. — Trate de que sea el palco del rey. No vaya a olvidarlo. — Es una delicia para mí ver en su esplendor una pieza nueva.

HERMINIA.- Bueno, ¿al fin llega esa berlina?

HORTENSIA (*al señor Sofanés, que revisa un opúsculo*).- ¡Ah!, señor Sofanés, ¿qué lee allí? (*Ella ve el título*.) ¿ANGOLA? Pero, en verdad, conozco *Angola*; es un cuento encantador. ¿No es de Voltaire?

SR. SOFANÉS.- En realidad, no.

HERMINIA.- Entonces, ¿de quién?, ¿de Molière?

SR. SOFANÉS.- El autor es desconocido.

HERMINIA.- Pero muy injustamente, pues sabe ir con tanta delicadeza, con un tono tan..., pero creí oír la berlina.

ARTENISA (*a Rosalía*).- En verdad, corazón, ese retardo me enfada. No llegaremos. (*Señala a Lisimón*.) ¿Quién es ese hombre lobo?

ROSALÍA.- Un pariente de Gernance, algo loco.

HORTENSIA (*a Rosalía*).- Querida, perderemos la frescura de nuestros atavíos. ¡Ah!, ¡Mondor debe atenerse a unas buenas injurias!

LISIMÓN (*ensimismado*).- ¡Y, al fin, Gernance no va a abrir los ojos!

HERMINIA.- ¡El traidor de Mordor!, ¡esto es odioso!

ROSALÍA.- Quizá el cochero se ha equivocado.

HORTENSIA.- Reina, es preciso que nos busque otro medio.

ROSALÍA.- Que haya otro medio, muy pronto, Marton.

HERMINIA.- ¡Diantre! Señor Mondor, va a tener que explicarse.

ARTENISA.- Habrá olvidado seguramente su palabra.

HORTENSIA.- Sí, ese es su maldito juego, su perro de cavañol. ¡Ojalá sienta los inauditos reveses!

ARTENISA.- No; en verdad, en ello yo haría un escudo por luis.

HERMINIA.- ¡Cuán descorteses son todas estas personas financistas!

HORTENSIA.- ¡Ah!, esta es una maldad que debe gritar venganza.

MARTON (*que retorna*).- No les encuentro nada, lo que se dice nada. El Vaux-hall lo ha tomado todo.

HORTENSIA.- ¡Oh!, ¡me lo imaginaba!, pero, sin embargo, debería remediarse esta desgracia.

MARTON.- Tendría una idea..., en el lugar, podrían encontrar algún cochero...

ARTENISA.- ¡Un simón!\*, ¡ah!, ¡qué horror!

HORTENSIA.- ¿Por qué no?; en el fondo, es una leve desdicha.

MARTON.- Vean, consulten, no hay luna. Cuando retornen, tendrán un centenar de coches por uno y todos nuestros elegantes son las honras del baile.

\* *Simón*: carruaje, diseñado, a mediados del siglo XVIII, por Simón Tomé Santos. (N. de T.).



HORTENSIA.- Sería muy espinoso faltar al Vaux-hall: corre pronto, Marton, un poco de distracción, de desorden, de exceso, anima una velada. (*A Artenisa, a media voz.*) Desafiamos la etiqueta y el qué dirán.

UN LACAYO (*trae una carta a Lisimón*).- Esta carta se dirige al señor Lisimón.

LISIMÓN (*alegre*).- ¡Ah!, al fin respiro. — Querido Gernance, hasta aquí esperaba que, herido por este tono de indecencia, se reprocharía la vergüenza de sus fervores. Al menos, ese último rasgo va a abrirle los ojos: lea, desengañese de un indigno artificio. Le habían elogiado el brillante sacrificio de Lord Carlinfort — esta carta es suya.

SR. SOFANÉS (*que oculta su turbación con un tono de burla*).- ¡Y, sin duda, hoy llega de Londres!

ROSALÍA (*con el mismo tono*).- Por fortuna, la suposición es notoria, Carlinfort ha partido.

LISIMÓN.- Debió creerlo; esta mañana, yo mismo también lo creía, pero cómo rechazar este testimonio. (*A Gernance.*) Lea.

GERNANCE (*turbado, con despecho y algo de incertidumbre*).- Así lo quiere — debo complacerlo, pero temo...

LISIMÓN (*con nobleza*).- Respete al amigo que lo ilumina.

HERMINIA.- ¿De dónde puede venir todo ese alboroto?

HORTENSIA.- En verdad, después del baile, eso va a aclararse. En fin, aquí está Marton.

**Escena última.-** MARTON, UN SIMÓN, LOS ACTORES ANTERIORES.

*Gernance se ocupa alternativamente de la escena y de la carta de Carlinfort. En su representación, debe destacar el asombro y la indignación.*

MARTON.- Ese villano está ebrio. No pude deshacerme de él y me ha seguido; quiere que le paguen su precio, dice.

EL SIMÓN.- En verdad, en nuestro estado, amiga mía, se debe ser prudente. No me querrían pagar en la carrera. Saben que un Vaux-hall es una jornada de recursos.

HORTENSIA.- Ve, estarás satisfecho, partamos.

EL SIMÓN.- Eso está muy bien dicho, pero, para evitar el rumor, me hubiera gustado más convenir en nuestros hechos: cada uno a su capricho. (*Ve a Rosalía con una marcada atención.*) Pero me doy al diablo... o es mi hermana Javotte.

ROSALÍA (*confundida y apoyada en Marton*).- ¡Qué funesto aprieto!

EL SIMÓN.- Sí, ¡diantre!, esta es mi hermana. En verdad, ¡está muy bien con sus muebles! En su honor, no la creía con una tan gran desenvoltura. Las muchachas tienen siempre medios de opulencia...

GERNANCE.- ¿Qué oigo y qué leí?, ¡qué estado, santo cielo!

MARTON.- ¡Ah!, ¡el infortunado baile!

ARTENISA.- El infortunio es cruel. Siento hasta qué punto su alma está en el suplicio.

HORTENSIA (*estalla a reír*).- ¡Pero, en verdad, esto es mucho peor que la hija del suizo!

LISIMÓN.- No añada el insulto a la confusión. ¡Bien, Gernance, bien!

GERNANCE.- ¡Ah, querido Lisimón, oh cielo, a qué abismo estaba presto a descender!

LISIMÓN.- El azar ha hecho lo que no me atrevía a esperar. Este favor de la suerte nos evita a los dos las aclaraciones, quizá peligrosas; ¿quién sabe hasta dónde hubiera



podido llevarlo la debilidad? El cielo le dio un corazón muy fácil de seducir: venga, que este día lo consuele la amistad y lo salve para siempre de las equivocaciones del amor. (*Se lo lleva.*)

EL SIMÓN (*a Rosalía*).- Veo que, por orgullo, desconoces a tu hermano. Debes ruborizarte y respeta mi miseria; al menos, es honesta.

SR. SOFANÉS (*a Rosalía*).- Ve que, por uno que se pierde, se encuentra un centenar.\*

---

\* Charles Palissot de Montenoy. *Les courtisanes ou L'ecole des moeurs*. París: Moutard, 1755. Disponible en: [books.google.com > books > about](https://books.google.com/books/about)